

APROXIMACION A LA NOVELA COLOMBIANA

Génesis

La novela latinoamericana aparece tardíamente. Es algo así como la "cenicienta" de nuestras expresiones literarias.

Específicamente podría darse una fecha, un país, una obra y un autor para designar el alumbramiento de la novela latinoamericana.

Sería 1816, con El periquillo sar-niento, de José Joaquín Fernández de Lizardi, en México.

"María"

Luego -a lo largo y ancho de nuestro continente y en la centuria décimonona- la novela va llegando a todos y cada uno de nuestros pueblos.

En Colombia el "primer-gran momento" se llama María.

Publicada en 1867, gracias a la pluma del judío-colombiano Jorge Isaac, la obra viene a fijar el molde netamente romántico en las letras colombianas.

Todavía más: María no sólo será la digna representante del romanticismo colombiano, sino también la novela romántica por antonomasia en el suelo latinoamericano.

Hoy (lo sabemos) es "lectura obligada" en colegios y liceos. Todavía las frases de Efraín y los lamentos de María hacen suspirar a los enamorados y llorar a los "tiernos de corazón".

Mas, si nos damos cuenta que el cine y la televisión se han valido de ella para "cautivar" al público latinoamericano"

El Costumbrismo

Para que la novela colombiana obtenga pleno desarrollo será necesario, primero, que un omnímodo costumbrismo cubra casi todo el panorama narrativo en un lapso más o menos extenso.

Es ese costumbrismo parroquiano y limitado que cundió en casi todos los países latinoamericanos con visos de una energía inagotable.

En Colombia figura egregia del costumbrismo es don Tomás Carrasquilla!

Sus Frutos de mi tierra adquirió una predominancia indiscutible, que hizo que muchos de los jóvenes novelistas lo imitaran. Por cierto, en forma supérflua. Y llevando el costumbrismo a una postración lamentable.

"La vorágine"

Para hallar lo que podría ser el "segundo-gran momento" de la novelística colombiana hay que contar cincuenta y siete años desde la publicación de María.

Llegado el año de 1924 el joven poeta y abogado huilense José Eustasio Rivera publica su primera y única novela: La vorágine.

La obra está inscrita dentro del rótulo tan celebrado tiempo atrás - y del que Luis Alberto Sánchez tiene parte de la culpa- de "novela de la tierra". O "novela de la selva". O "novela regionalista". Etcétera

Rivera -con su obra de un indiscutible "realismo naturalismo"- vuelve a colocar a Colombia en la cúspide de la novelística latinoamericana en el primer tercio del presente centenio.

César Uribe Piedrahita

Lo que viene después de José Eustasio Rivera hasta nuestros días, esto es, hasta la aparición de García Márquez, podría tener una división más o menos clara: novelas epígonas de La vorágine y novelas de la "violencia".

La primera fase cuenta ya con nombres sobresalientes. Quizá el más alto de ellos sea el de César Uribe Piedrahita, autor de por lo menos dos novelas positivamente celebradas: Toá y Mancha de aceite

Empero, aquí habría que hacer un poco de justicia: Uribe Piedrahita muéstrase "más escritor" que Rivera en una zona semejante como es la descripción del suelo colombiano. Esto lo han afirmado críticos de indudable jerarquía como Uriel Ospina

Otros nombres

Otros nombres serían los de Rafael Jaramillo Arango (Barrancabermeja), Bernardo Arias Trujillo (Risaralda), Jaime Buitrago (Pescadores del Magdalena), Eduardo Caballero Calderón (Tipacoque v El cristo de espaldas), Jorge Zalamea Borda (El gran Burundú Burundá ha muerto y Las metamorfosis de su Excelencia)...

Sin querer caer en el simple catálogo, dejamos aquí de nombrar a los representantes de la primera fase, es decir, la generación de José Eustasio Rivera

Y aunque todos ellos cuentan con méritos suficientes, sin embargo, no alcanzan el pedestal del señor autor de La vorágine

"Novela de la Violencia"

A propósito de la "novela de la violencia" dice el crítico colombiano Ebel Botero: "Las llamadas novelas de la violencia, aparecidas desde 1948, son relatos naturales sin la menor naturalidad escritos por liberales y conservadores, bajo el ángulo sectario que considera la crápula y la delincuencia políticos como cosa exclusiva del bando enemigo"

A qué se llama "novela de la violencia"?..

A aquella que parte de un suceso nefasto e inolvidable en la historia colombiana: el célebre "bogotazo" del 9 de abril de 1948!

Aquel día murió asesinado Jorge Eliecer Gaitán, líder liberal de indudable arraigo popular. El marco del crimen fue la IX Conferencia Panamericana.

Tal hecho -hasta la fecha- ha partido en dos la historia colombiana: antes de la "violencia" y después de ella!

Membrete

Los novelistas, por su parte, sean conservadores o liberales -los tradicionales partidos colombianos- han tomado el suceso como tema de sus libros. De tal

suerte que existe una "novela de la violencia" perfectamente delineada.

El joven narrador y crítico Gustavo Alvarez Gardeazábal señala más de cuarenta y cinco títulos con letras sobre este punto, estableciendo un paralelo con la novela mexicana

No obstante todo lo escrito no es material de "primera calidad" que digamos. Muchas cosas fofas y carentes de valor se han pergeñado amparándose en la "violencia".

Ha sido como tomar un "membrete" para garantizar el "éxito" de la novela. Y esto, en definitiva, es un doble engaño: a la literatura y al lector. Y, por supuesto, el más serio engaño lo sufre el propio autor!

No ha sido tratado "seriamente"

Para el crítico chileno Ricardo A. Latcham los títulos más descollantes dentro de la "novela de la violencia" son El cristo de espaldas (Eduardo Caballero Calderón), El día del odio (Osorio Lizaraso), Viento seco (Daniel Caicedo) y Guerrillas del llano (Eduardo Franco Izasa)

Habría que señalar también, dentro de esta prieta lista, a Jorge Zalamea Borda, quien (según

propia confesión) entregó dos títulos en este terreno: El gran Burundú Burundá ha muerto y Las metamorfosis de su Excelencia

A pesar del inmenso caudal que incide en la llamada "novela de la violencia", para Eduardo Zalamea Borda el hecho no ha sido todavía tratado "seriamente", desde el punto de vista literario.

Oigámoslo: "Cómo ha reflejado la literatura colombiana ese fenómeno del genocidio y esa monstruosidad de la carencia de justicia?... Yo no sé si por falta de perspectiva, o por falta de coraje, o por no obedecer al deber del testimonio no ha reflejado, hasta ahora, esa situación de la comunidad colombiana".

Y, más bien, afirma el crítico y novelista hay que hallar en el ensayo sociológico la verdad de aquel hecho tan significativo. Y cita La historia de la violencia en Colombia de Monseñor Germán Guzmán.

Premio "Eugenio Nadal"

Quizás sea Eduardo Caballero Calderón -con El cristo de espaldas- uno de los narradores colombianos que mejor nos haya contado aquel fenómeno social. Su novela (publicada en Argentina en 1952) fue todo un "acontecimiento" literario

Críticos internos y foráneos elogiaron la obra. Tanto que se dijo que, desde 1924, cuando la publicación de La vorágine. Colombia no había tenido otro momento así en su ir literario.

Aparte de Osorio Lizaraso, Daniel Caicedo y Franco Izasa es necesario señalar el nombre de un escritor antioqueño que hoy se halla en plena fase creativa: Manuel Mejía Vallejo.

Mejía Vallejo consiguió para su patria (por primera vez!) el máspreciado premio de novela de España: el "Eugenio Nadal"!... Lo ganó en 1964 por su novela El día señalado.

La "novela de la violencia" con Mejía Vallejo sube de punto y se ensancha. Y, ahora, tal vez Zalamea Borda tenga que suprimir su queja anterior.

También en el cuento

Por otro lado, el "género breve" también ha sido feraz en la temática de la "violencia".

Y hasta parece que aquí el suceso ha cobrado mayor empuje. Hasta jóvenes cuentistas de nuestros días trajinan por los mismos senderos que ya trajinaron sus antecesores. Empero, los jóvenes cuentistas colombianos saben

mejor su "oficio" y así logran pequeñas "obras maestras" en el género.

Para citar un caso: Gustavo Alvarez Gardeazábal -en su cuento Ana Joaquina Torrentes- incide en la "violencia" con una truculencia increíble. Pero el cuento, estructurado con manos sabias para ir modulando la tensión en el lector, tiene además de su fondo impactante, una belleza formal innegable.

"Aires nuevos"

Hasta cuándo aproximadamente la "novela de la violencia" extiende su dominio en Colombia?...

La fecha inicial la sabemos: 1948. Pero si expresamos que su influencia ha concluído, nos atenderemos a un posible extravío.

A pesar de la presencia del "Grupo del Atlántico" narradores que imponen una "nueva tónica en la novelística colombiana- aún existen jóvenes cuentistas y novelistas que persisten en la narración de la "violencia".

Lógico y dable suponer que, a los treinta y nueve años del lóbrego "bogotazo", mucha agua ha corrido bajo el molino y otros "aires" insuflan las velas de la narración colombiana.

Esos "aires nuevos" se llaman Gabriel García Márquez, Alvaro Cepeda Samudio, Héctor Rojas Erazo, Manuel Zapata Olivella, Alberto Sierra, Manuel Mejía Vallejo...

Esto es, nombres que van a enrumbar la novela y el cuento, en Colombia, hacia otros puertos.

"Grupo del Atlántico"

En la década del cincuenta, de la costa atlántica, emerge un grupo de narradores que virtualmente son los que dominan el cuento y la novela en la Colombia de nuestros días

Son ellos Gabriel García Márquez, Alvaro Cepeda Samudio y Julio Medina. El grupo incide aún en la temática de la "violencia". Por ejemplo: La mala hora (García Márquez) y Soldados (Cepeda Samudio)

No obstante, logran en futuras obras, dejar atrás esta etapa y enfilarse hacia otras tendencias.

García Márquez halla en él "realismo mágico" la expresión literaria justa para su fábula macondiana.

García Márquez

Lo que va desde La mala hora hasta Cien años de soledad es una línea ininterrumpida de una monoidea: Macondo!

El autor lo ha confesado: para llegar a 1967 (año de la publicación de Cien años de soledad) tuvo que arrancar evocaciones adheridas en su memoria desde cuando tenía diecisiete años.

Ahora bien: una novela como Cien años de soledad necesariamente tiene que haber impuesto su "estilo" y su "temática". Digamos que cosmovisión hízose indeleble en la óptica de los narradores que venían atrás del fabulista aracataqueño.

Piénsese, además, que este marchamo macondino de los Buendía, de los Aurelianos, de Ursula Iguarán, de Fernanda del Carpio, de Remedios la Bella- para citar unos cuenatos personajes de la célebre obra- no sólo se impone en la narrativa colombiana, sino también en un gran segmento de la latinoamericana.

Entonces?... Entonces, pues, es el "reto"!

Es el desafío irremediable para la generación posgarcíamarquiana.

Acéptase el desafío?...

El posmacondismo

Si la década del sesenta fue la del traqueteado "boom", las del setenta y ochenta serán las del pos "boom".

Y, ahora, la perspectiva es esta: o se sumerge el joven narrador en el océano garcíamarquiano o nada con sus propios medios!

Esto que se expresa en Colombia, al menos, ha cobrado toda la autenticidad que se desea.

Muerto el tema de la "violencia", cometido el parricidio garcíamarquiano, por dónde enfilarse entonces.

El novel narrador colombiano sabe que el lector ya no quiere "maconditos", ni los diecisiete Aurelianos... Quiere ver, al contrario, qué le cuentan de nuevo, qué sabe manifestar el joven narrador que no sea ya lo mismo ni pertenezca al ayer.

La brega

Hay ya una generación -con todo el "respeto" que merece este vocablo- que está dando sus frutos. Y, claro, ella tiene que bregar duro. Muy duro!

El dilema es apagar el inmenso faro garcíamarquiano. Algo similar a lo que también, por ahora, acontece en el Perú.

Allí Mario Vargas Llosa -más joven aún que García Márquez- también ha oscurecido el nombre de otros autores. Y los "nuevos" saben a conciencia que se trata de un sol difícil de alcanzar.

Nombres

Hay, en Colombia, nombres que se significan ya propiamente. Poseen tintes muy individuales.

Entre otros: Nicolás Suescún, Humberto Valverde, Fanny Buitrago, Elisa Mújica, Jairo Mercado... y dos de indubitable jerarquía literaria: Oscar Collazos y Gustavo Alvarez Gardezabal.

El primero -con su libro Son de máquina- ha delineado evidentemente la "nueva narrativa colombiana". El segundo -con La boba y el buda y Cóndores no entierran todos los días-, he hecho saber, en España, particularmente, que Colombia cuenta con otro "gran escritor", aparte de García Márquez.

No cabe decir que esta "flamante" generación haya abandonado del todo el tema de la "violencia". Por ejemplo: Alvarez Gardezabal tiene un hermoso y

patético cuento (Ana Joaquina Torrentes) donde la "violencia" está de cuerpo entero.

El lenguaje

Pero estos jóvenes alcanzan a vislumbrar que sus impulsos y denuedos deben dirigirse hacia la conquista del lenguaje.

Una especie de metalenguaje para poder alcanzar a expresar toda la problemática del hombre siglo veintiuno.

Están interesados en el hombre. En lo auténtico que él posee.

En el "Hombre-Unidad" que es - quien lo duda?- el "Hombre-Universal". De ese hombre latinoamericano, con su angustia, con su desazón, que, según Ernesto Sábato, es doblemente problemático.

Ellos quieren expresar toda la cosmovisión de ese hombre latinoamericano por medio de un lenguaje totalmente "nuevo". De un lenguaje que no sea el convencional de siempre. De un Verbo inusitado que cuente la agonía del hombre de esta centuria, apresado entre la técnica y la soledad.

Cuarto momento?...

Si en lo que resta de este siglo, Colombia puede alcanzar, con sus jóvenes novelistas o cuentistas, su

"cuarto momento" fulgurante, su "cuarto momento" de espléndida creación, es algo que ignoramos.

Mas, de algo estamos cierto: que estos escritores laboran con plena certidumbre de la esencialidad de su "oficio"!

Escriben porque su temor al silencio es mayor que el grito desgarrado. Y si dan, de pronto, con la obra precisa que sus "demonios interiores" (en ecos de Vargas Llosa) les dictan, Colombia habrá sumado, a los nombres de Jorge Isaac, José Eustasio Rivera y García Márquez, el "cuarto momento" de la suprema hegemonía narrativa.

Y presumimos que, para cualquier país, contar, en su historia literaria, con tres o cuatro nombres de lo más trascendentales en cosa de afortunada situación.

